

Desmenuzando unos textos empapados de vida

El Adviento es un tiempo entrañable que está marcado por un anuncio gozoso: *“el Señor está cerca”*.

Esta buena noticia sigue siendo hoy, como lo afirma el tercer prefacio de Adviento, fascinante y sobrecogedora: en un mundo atormentado como el nuestro, el Señor está ahí, en el corazón de nuestras vidas, en el corazón de nuestro mundo y esta cercanía es anunciada a todos los que sufren; más aún, el himno *“Vox clara ecce intonat”*, propio de este tiempo para el oficio de Laudes, nos dice: *“Una voz clara anuncia”*. Esa voz clara y penetrante, no puede ser otra sino la de Juan el Bautista que, en el evangelio de este día, nos dice: el que viene, Jesús, *“os bautizará con Espíritu Santo y fuego”*.

Semejante **“evangelio”** crea en la Iglesia una especie de tensión que la lleva a vivir en un marco de *“expectación y fervor”*, como así se reconoce en la oración colecta,

Es el gozo de un encuentro -anhelado- que se palpa en este domingo al que se le denomina *“Gaudete”*, por la primera palabra latina de la antífona de entrada y que se hace invitación para todos.

La alegría cristiana es un regalo de Dios. Pero Dios la concede solo a aquellos que se sobreponen a su egoísmo.

Madre Teresa de Calcuta dirá: *“La alegría es oración, la alegría es fuerza. Un corazón ardiente de amor -este es el bautismo del Espíritu- es necesaria-*

mente un corazón alegre”.

San Benito nos ofrece este precioso consejo: *“Abramos nuestros ojos a la luz de Dios”*, que ya brilla en el cielo como así lo celebra el mencionado himno de Laudes propio de esta primera parte de Adviento. Esa luz nos hace comprender que Dios es *“grande en medio de ti”*. Sintiendo su presencia nos sentimos amados, protegidos, seguros y no cabe el desaliento que es la mano derecha del miedo; estos van muy unidos: el uno se alimenta del otro, creando un círculo vicioso de descontento que sin darnos cuenta, se van transformando en amargo rencor.



Cuando el miedo nos hace ver obstáculos, la fe ve oportunidades; cuando el miedo ve fallas, la fe ve soluciones; cuando el miedo nos hace esperar un futuro incierto, la fe cree que lo mejor de Dios está por llegar.

Si en medio nuestro es grande el Santo de Israel, **alegrémonos en Él, porque siempre estará cerca de todas nuestras flaquezas**.

La alegría nace del encuentro, de un descubrimiento como el de la perla preciosa. **“En el inicio del ser cristiano no hay una decisión ética o una idea elevada, sino el encuentro con un acontecimiento, con una Persona”** (Benedicto XVI). El cristianismo no crece por propaganda, sino por atracción, mostrando cómo una vida moldeada por el Evangelio es una fuente de dicha.

Jesús, evangelio de Dios, todavía puede hablar al hombre de hoy precisamente porque era verdaderamente hombre; amaba a los que conocía hasta el extremo, amaba hasta el final. El amor es la única posibilidad que vence a la muerte -*“El amor es fuerte como la muerte”* (Cant 8,6)- y por este amor murió Jesús para que podamos recibir el bautismo en el Espíritu.

¿Qué hemos que hacer? Le preguntaron a Juan el Bautista. El profeta nos da, podríamos decir así, unas pinceladas:

Convertirnos; seguir las huellas de Jesús; buscar la comunión con Dios como el único bien. (Sl. 15,2).

La conversión es siempre urgente y necesaria, pero es una iniciativa que viene del Cielo, de ahí la oración que se recoge en la Biblia: *“Hazme volver, Señor, y volveré* (Jer 31:18) reconoce el profeta Jeremías. Seguir a Jesús es un compromiso que consiste en ir tras sus huellas para reconocer que la suya fue una vida **buena, bella y bendita**. La etapa de la unión con Dios es la más esquiva, se nos escapa; cuando la vivimos ya está desapareciendo: como los discípulos de Emaús que, cuando le reconocen en la fracción del pan, desaparece; de esta manera uno se sobrecoge y agradece.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Is 12,2-3.4bed.5-6

E «Él es mi Dios y Salvador: confiaré y no temeré, porque mi fuerza y mi poder es el Señor, él fue mi salvación».

Y sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación. «Dad gracias al Señor, invocad su nombre, contad a los pueblos sus hazañas, proclamad que su nombre es excelso». Tañed para el Señor, que hizo proezas, anunciadlas a toda la tierra; gritad jubilosos, habitantes de Sión: porque es grande en medio de ti el Santo de Israel.

"Sacaréis agua con gozo de las fuentes de la salvación" (Is 12, 3). Esta afirmación hace que brote en el pensamiento la escena de la mujer samaritana, cuando Jesús le ofrece la posibilidad de que en ella brote una "fuente de agua que salta para la vida eterna" (Jn 4, 14).

Al respecto, san Cirilo de Alejandría comenta de modo sugestivo: "Jesús llama agua viva al don vivificante del Espíritu, por medio del cual sólo la humanidad, aunque abandonada completamente, como los troncos en los montes, y seca, y privada por las insidias del diablo de toda especie de virtud, es restituida a la antigua belleza de la naturaleza... El Salva-

dor llama agua a la gracia del Espíritu Santo, y si uno participa de él, tendrá en sí mismo la fuente de las enseñanzas divinas, de forma que ya no tendrá necesidad de consejos de los demás, y podrá exhortar a quienes tengan sed de la palabra de Dios. Eso es lo que eran, mientras se encontraban en esta vida y en la tierra, los santos profetas y los Apóstoles y sus sucesores en su ministerio. De ellos está escrito: *Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación*".



Para los cristianos, la fuente de la vida es Jesucristo. Basado en la tipología bíblica (cf. Números 20,6-7; Jn 4, 5-42), podemos decir que la persona de Jesús es "la fuente de la vida". San Agustín, comentando el salmo 35/36, 10, se pregunta: *¿Quién es la fuente de la vida, sino Cristo? Vino a ti en carne para humedecer tu garganta sedienta; saciará al que tiene esperanza, él, que sació al que tenía sed*".

No sólo la persona de Jesús, sino su propia vida, su enseñanza, su muerte y resurrección, la gracia de su redención, todo es **fons salutis**; es el agua que a través del tiempo brota de la fuente de la Iglesia puesto que Jesús, después de su resurrección, ha tomado forma de cuerpo glorioso que es trascendente en sí mismo, pero que se manifiesta en la comunidad redimida unida en el amor, como proclama la carta a los Romanos: «Somos un solo cuerpo en Cristo» (12, 5). San Agustín subraya que "los ojos interiores son capaces de ver esta fuente, y una sed interior arde en nosotros, en el deseo de ella". (Enarrat. in Ps. 41,2).

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO III "ADVIENTO" "C"
"Gaudete"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

Sofonías (3,14-18a):

Alégrate hija de Sión, grita de gozo Israel; regocíjate y disfruta con todo tu ser, hija de Jerusalén.

El Señor ha revocado tu sentencia, ha expulsado a Aquel día dirán a Jerusalén: «¡No temas! ¡Sión, no desfallezcas!» El Señor tu Dios está en medio de ti, valiente y salvador; se alegra y goza contigo, te renueva con su amor; exulta y se alegra contigo como en día de fiesta.

Lucas (3,10-18):

En aquel tiempo... Como el pueblo estaba expectante, y todos se preguntaban en su interior sobre Juan si no sería el Mesías, Juan les respondió dirigiéndose a todos: «Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo, a quien no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego; en su mano tiene el bieldo para aventar su parva, reunir su trigo en el granero y quemar la paja en una hoguera que no se apaga». Con estas y otras muchas exhortaciones, anunciaba al pueblo el Evangelio.